

Julia Medina

Sobre *Discursos transversales: La recepción de Rubén Darío en Nicaragua*

de Erick Blandón Guevara

University of San Diego, EE.UU.

jmedina@sandiego.edu

El estudio de Erick Blandón Guevara vincula la figura de Rubén Darío con el almacén discursivo nacional y la construcción simbólica que produjo su legado en Nicaragua. Su análisis, escrito con gusto y precisión, expone cómo la recepción de Darío por parte de los letrados vanguardistas nicaragüenses junto a los gobiernos, generó una identidad cultural nacional a partir del poeta que distorsiona, en muchos casos, la postura ambivalente del mismo. Con lucidez crítica y prestando mucha atención a detalles bibliográficos e historiográficos, Blandón ubica la manipulación discursiva de la figura de Darío en la ambigüedad y en las contradicciones ideológicas que se presentan en la vida y en la obra del poeta. Apuntando a momentos históricos clave –y poco atendidos– que cristalizan la complejidad de Darío, Blandón propone una relectura imprescindible para considerar el dilema crítico que (re)presenta la modernidad en su inserción local y nacional.

Este estudio es pertinente para cualquier especialista interesado en las maniobras ideológicas que se ejecutan en la cultura a partir de la literatura. Es una lectura de suma relevancia para aquellos interesados en el trayecto de los proyectos hispanistas en relación a los discursos y a las prácticas locales nacionales del mestizaje, como también para todo estudioso de la cultura y de la historia centroamericana. *Discursos transversales* empieza con un breve y útil prefacio, donde el autor traza la continuidad entre éste y su estudio titulado *Barroco descalzo*

(2003), el cual expone la formación de la identidad nacional a través de la tradición oral y prácticas teatrales de origen colonial. Retomando este cuestionamiento de cómo se constituyen los discursos nacionalistas a partir de la cultura, en *Discursos transversales* el autor indaga en la consagración de Rubén Darío a través del planteamiento del movimiento vanguardista y en la manipulación que ejecuta este grupo para instituir(se) en una genealogía cultural. O como acertadamente señala Leonel Delgado Aburto en el prólogo:

[...] el ensayo de Blandón podría ser leído como una *politización* estratégica de Darío, en el sentido de reconstitución de una figura intelectual que incluye y reafirma de manera decidida su ambigüedad histórica, política y estética (VIII).

El prólogo de *Discursos transversales* logra diestramente sintetizar los planteamientos clave de Blandón, ubicándolos en la bibliografía crítica que se ha generado en torno a Rubén Darío. Delgado Aburto postula la intervención de Blandón en relación dialéctica con Ángel Rama, Octavio, Paz, Ernesto Mejía Sánchez y otros autores que enfatizan la lógica continental y transnacional del proyecto modernista dariano. Delgado Aburto acierta cuando escribe que:

Erick Blandón ensaya precisamente sobre este engarce doblemente crítico de ideología y discurso nacional, de provincianismo frente a modernidad, y de historia intelectual en una relación disímil con la historia nacional (VI).

De esta manera, el prólogo contextualiza el aporte de Blandón en la juntura del cosmopolita modernista y la deslocalización del proyecto intelectual de Darío ante el discurso nacional que forja su obra. En este sentido, indica Delgado Aburto, “[...] Blandón ofrece ahora una cuidadosa y clara lectura del mestizaje como ideología reconciliadora de índole conservadora que inventa a un Darío a la medida de sus deseos” (IX). Esos deseos van condicionados por un racionalismo colonialista que borra “la barbarie” de las culturas amerindias y afrodescendientes, mientras aclama el triunfo de la civilización hispanizada, instaurada por el proyecto modernista que encabeza el poeta. De esta manera, la vanguardia nicaragüense se alinea con la generación del 98

y con la falange hispanista que caracteriza la cultura intelectual y política de la primera mitad del siglo XX.

Discursos transversales se organiza en seis capítulos titulados: “Máquinas al asedio”, “Silencios y olvidos”, “Espectador y naufrago”, “El cuerpo devorado”, “Poética del mestizaje” y por último “Salida del museo”. Cada una de estas secciones contrapone datos historiográficos y biográficos de Darío con las gestiones culturales que suscitaron el desarrollo del discurso nacionalista posterior. Si bien Blandón se enfoca en las maniobras que ejecutan los integrantes de la vanguardia, también señala las estrategias del Estado al usar la imagen y la obra del embajador cultural Darío. De esta manera, el estudio de Blandón no pierde de vista que estos intelectuales son colaboradores y partícipes de la lógica del Estado, como el mismo Darío.

El primer capítulo, “Máquinas al asedio”, expone la construcción simbólica que ha llevado a cabo el poder político sobre la obra y figura de Rubén Darío. Aquí el autor apunta a la racionalidad colonial constituyente en “los discursos que generó la recepción de Darío en Nicaragua, sólo que desde una perspectiva antimoderna, la tradición hispano-católica” (13). El poeta se convierte en un símbolo del orgullo nacional nicaragüense precisamente a partir de las desvergüenzas históricas nacionales. Por ejemplo, indica Blandón que Darío se consagra nacionalmente a partir de 1910, año en que precisamente se redefine el Estado nicaragüense y se somete al imperialismo estadounidense. El autor asocia este hecho al año 1947, cuando Anastasio Somoza establece la “Orden Rubén Darío” que condecora a figuras totalitarias como Strössner y Trujillo, entre otros. “Las máquinas al asedio” que presenta Blandón son:

máquinas deseantes que después de un proceso de verdadero corte y confección en el retaceo, los ajustes y los silenciamientos de gran parte de su producción textual lo han hecho devenir monumento monolítico de una inmutable identidad nacional (13).

Blandón comenta las imágenes que muestran a Darío en su incómodo traje de embajador, “objeto kitsch de la plástica y gráfica nicaragüense” (19). Aunque no menciona que se trata de un traje prestado, bien indica que es ilustrativo de “indiferencias, manoseos y manipulaciones a que

los poderes reales y simbólicos expusieron, en vida, y después de su muerte, al letrado de mayor relieve en la historia nicaragüense” (20). Como en éste su primer capítulo, a lo largo del libro, Blandón combina hechos puntuales de la biografía e historiografía del poeta con episodios de la historia política e intelectual nacional, combinando ejemplos de la iconografía nacional y entrelazándolos con observaciones que cristalizan los amagos del poder.

El segundo capítulo titulado “Silencios y olvidos” muestra como la ansiedad por la modernidad mantuvo a Darío distraído en discusiones gramaticales y semánticas, mientras hacía caso omiso de las rebeliones indígenas y la violencia que el Estado llevó a cabo contra estas comunidades de su país. Blandón acierta al mencionar cómo estos “episodios sangrientos del ingreso de Nicaragua a la modernidad” (37) se deslavan con discusiones lingüísticas, por así decirlo, tanto en los textos de historia como en la producción de Darío. El caso omiso que hace sobre la violencia étnica acompaña su silencio sobre el totalitarismo político, puesto que Darío tampoco se revela contra la expulsión de los jesuitas en 1882, quienes fueron acusados de promover el alzamiento indígena.

Lo único que desaprovecha Blandón en su estudio, gira en torno a la recepción de Darío en Nicaragua en esta coyuntura histórica. La disputa pública que se genera entre Rubén Darío y su primer polemista local, Enrique Guzmán, se llevó a los periódicos locales en 1882, año en que el poeta contaba con sólo quince años de edad. Si bien Blandón menciona de paso en un par de ocasiones a Guzmán, no llega a relacionar esta tensión entre el poeta modernizante y el árbitro del lenguaje con la redirección y reapropiación que ejecutan los vanguardistas a partir de su legado como poeta. Enrique Guzmán es una figura clave en la recepción de Darío en Nicaragua, no sólo porque contribuye a la profesionalización intelectual del poeta sino también porque anticipa los amaños de la vanguardia. Blandón menciona a este “coterráneo” al principio de su estudio, al incluir una cita de Darío en la que éste critica el provincianismo de sus contemporáneos (14); sin embargo no sitúa a este polemista inaugural en su consideración de la recepción nacional. Se alude también a Guzmán cuando se refiere a “sus primeros textos de combate, polemizando con los guardianes de la gramática y el buen decir académico y

enalteciendo la razón frente al oscurantismo” (34). Estos guardianes de la gramática prefiguran la racionalidad colonial hispanista que retoman los vanguardistas.

La apuesta neoclasicista, purista e hispanista de Guzmán le impidió reconocer el mérito y aporte artístico que Darío, su joven contemporáneo, introducía al idioma y a la “cultura nacional”. Como árbitro de un castellano calcificado en su contexto regional, Guzmán descarta por incompetencia gramatical las modificaciones que Darío introduce al lenguaje. Por lo tanto, es preciso que el joven poeta salga de Nicaragua para obtener el reconocimiento internacional que recibe en Chile, España y Argentina, para así posteriormente poder ser aceptado y admitido en el ámbito nacional. Sin relacionarlo con las vanguardias, Blandón hace referencia a este rechazo en el tercer capítulo: “El más furibundo detractor suyo en Nicaragua, Enrique Guzmán, no ha despreciado la ocasión de que el nombramiento recayera en él para atacarlo en los periódicos con pugnacidad y mofa.” (51). En este sentido, tanto Guzmán como los vanguardistas, exhiben un servilismo exagerado hacia los códigos de la colonia. Darío necesitó de la legitimación de la vieja colonia para ser reconocido como correspondía en su país.

Volviendo al texto de Blandón, y teniendo en cuenta las polémicas señaladas, el nacionalismo cultural que forjan los intelectuales de la vanguardia nicaragüense a partir de Darío promueve un hispanismo pro falangista y un mestizaje místico que no corresponden con los planteamientos estéticos e intelectuales del poeta. En su afán por ubicarse en relación al prócer y al legado cultural que engendra, estos escritores vanguardistas proyectan a Darío como la encarnación viva del proyecto civilizador. Lo cual, en el contexto de Nicaragua, lo convierte en un símbolo de la identidad nacional mestiza. Esta identidad se forja ignorando las luchas y las culturas de los pueblos amerindios, así como de los afrodescendientes del país. Como bien explica Blandón Guevara, el silencio de Darío ante los movimientos de resistencia indígena en Nicaragua durante su época facilita este discurso mestizo hispanizante que posteriormente los vanguardistas nicaragüenses hacen circular.

Partiendo del estudio de Hans Blumenberg titulado *Naufragio con espectador: paradigma de una metáfora de la existencia*, Blandón establece el eje crítico y temático de su tercer capítulo

“Espectador y náufrago”. Esta sección tiene como punto de partida el viaje frustrado de Darío a la Ciudad de México en 1910, con motivo del centenario de la independencia del país. Con diligencia, el autor señala y comenta fuentes literarias y críticas que aluden a este episodio en la vida profesional del poeta. A partir de su lectura de este episodio, Blandón delinea el difícil cortejo entre el intelectual profesional y los poderes del Estado. Como ya se ha indicado, 1910 también marca el momento en que Nicaragua se somete directamente al imperialismo estadounidense. Blandón se apoya en esta encrucijada para realzar la ambigüedad ideológica y política de Darío, abordando “los movimientos pendulares” de su discursividad ante los Estados Unidos según se van prefigurando en su vasta producción periodística (67). De sumo interés en este capítulo es la articulación de cómo, a partir de esta conglomeración discursiva, los intelectuales de las vanguardias establecen una conexión entre el poeta y Augusto C. Sandino. Así, Blandón explica que esta genealogía nacionalista será capitalizada por el proyecto sandinista.

Como bien anticipa su título, el cuarto capítulo del libro, “El cuerpo devorado”, retoma los funestos episodios en torno a la muerte de Darío, anticipando metafóricamente la apropiación de su figura y su obra. Blandón traza “las torsiones performativas, discursivas y legales” (76) que fueron reproducidas durante la época somocista para conmemorar el cincuenta aniversario de la muerte del poeta. Incisivamente se traza un paralelo interesante entre esta producción y la manipulación que llevó a cabo la iglesia en torno a sus servicios fúnebres:

La ansiedad de alinear a Darío en la grey católica y hacerlo parte de la tradición recién inventada no desapareció hasta que tal operación llegó a verse como natural en la cultura nicaragüense y no como una construcción político-ideológica. (87).

La puesta en escena de su muerte da lugar a que miembros de la vanguardia como Pablo Antonio Cuadra produzcan una recepción falangista de la obra de Darío. Estos mismos vanguardistas, explica Blandón, reproducen las gestas esencialistas del folklore campesino apropiadas por los intelectuales españoles conservadores, conocidos como la Generación del 98.

De esta manera, el legado de Darío es sometido al mismo descuido y enajenamiento al que son sujetos sus restos fúnebres en la tradición católica, hispanista y reaccionaria de la cultura nacional.

El quinto capítulo, “Poética del mestizaje”, explica cómo la recepción de Darío en la vanguardia produce otro capítulo de violencia epistémica que apuesta por el retorno del régimen colonial en su adhesión a la reconstrucción del imperio Español bajo el falangismo. Conforme al servilismo y sometimiento colonial antes señalado, los intelectuales de la vanguardia, encabezados por Pablo Antonio Cuadra, proyectan una versión hispanocéntrica del mestizaje, como discurso ideológico que justifica el dominio criollo. Partiendo del estudio de Martin Lienhard y del de Antonio Cornejo Polar, Blandón explica el mestizaje como tópico literario/discursivo en la construcción de las ideologías nacionales, mostrando efectivamente el modo en que los letrados nicaragüenses elaboran un discurso hegemónico que se establece a partir de la figura de Darío, símbolo de orgullo nacional.

En este capítulo Blandón ejecuta una lectura incisiva sobre cómo los intelectuales de la vanguardia trazan una genealogía directa entre la misión civilizadora de los conquistadores, la obra modernizante de Darío y ellos mismos. Presentándonos una rica fuente de referencias y citas textuales, el autor provee y comenta textos de Pablo Antonio Cuadra, José Coronel Urtecho y Joaquín Pasos. Estos textos se contextualizan en relación a la producción del “precursor” Rubén Darío, quien sí muestra un acercamiento reticente a las culturas indoamericanas. Pese a este deslinde, explica Blandón, “los vanguardistas definieron la literatura nicaragüense como greco-latina, católica y mestiza; y monumentalizaron a Darío como su origen, además de orgullo racial del mestizaje” (101). Esta representación presenta una armonía ficticia entre lo indígena y lo español que neutraliza lo indígena y también borra la complejidad étnica presente en el país, la cual incluye a grupos afrodescendientes y a nativos caribes. Blandón conecta estas maniobras culturales a la lógica de lo que Jeffrey Gould ha denominado “el mito de la Nicaragua mestiza” (106). Como bien indica el autor, para los vanguardistas el modelo cultural ya no era el de Francia como para los modernistas, sino más bien el de la España imperial. Sin embargo, lo

importante es que ambos, tanto los modernistas como las vanguardias, miraron hacia afuera en su proceso modernizante. De manera consistente con la construcción hegemónica, “los modernistas hicieron invisibles a las comunidades indígenas despojadas de sus tierras para el beneficio de inmigrantes europeos” (108), explica Blandón, quien incluye oportunas consideraciones sobre José Martí en relación a este tema. En definitiva, Darío se mostró ambivalente ante el paradigma de Civilización versus Barbarie, adscribiéndose a la postura romántica del buen salvaje. Los jóvenes vanguardistas utilizaron esta ambivalencia de trampolín para justificar sus propuestas.

El último capítulo, titulado “Salida del museo”, exhibe el discurso de los vanguardistas nicaragüenses como piezas de museo, exponiendo, a lo largo del libro, el racismo y etnocentrismo subyacente en los signos de identidad nacional que se han forjado a partir de la obra y figura de Darío. Cabe subrayar aquí lo necesario y lo urgente de este tipo de denuncia del pensamiento colonizado y colonizante que constituye la identidad cultural nicaragüense y centroamericana. Para finalizar, el libro contiene una completa bibliografía crítica de la que se sirve Blandón para forjar los argumentos de su estudio, al igual que un anexo que revela crónicas poco conocidas de Rubén Darío. De esta manera, *Discursos transversales* aporta una bibliografía y una relectura enriquecedora para nuestro campo.

Blandón Guevara, Erick. *Discursos transversales: La recepción de Rubén Darío en Nicaragua*. Managua: Banco Central de Nicaragua, 2011. 200 pp.